

Á LA MISMA

De agudo mal el golpe no esperado
asusta, Clori, tu preciosa vida,
y al mirarte doliente y afligida,
mi enfermo corazón tiembla asustado.

Dos veces con influjo porfiado
ejerce el mal su saña enfurecida:
una turbando mi alma dolorida,
otra afligiendo tu ánimo angustiado.

¿Cuál, Clori, de los dos, pues la inclemencia
del mal sentimos ambos de consuno,
cuál, dime, sufrirá mayor martirio,

Tú, en quien se ceba la cruel dolencia,
ó yo, que todo el mal siento importuno
de tu misma dolencia y mi delirio?



TRADUCCIÓN LIBRE

DEL PRIMER CANTO DEL PARAISO PERDIDO

DE MILTON

Canta la inobediencia ¡oh santa musa!
del padre de los hombres, que gustando
con labio ansioso el fruto prohibido,
trajo los males y la muerte al mundo;
y di de las moradas venturosas
de Edén la triste pérdida, negadas
á la raza mortal, hasta que plugo
al Hombre-Dios bajar á recobrarlas;
y ora en silencio ocupes la alta cumbre
de Oreb ó Sinaí, de do inspirastes
al gitano pastor, que á la escogida
gente enseñó después cómo al principio
del hondo caos salieron cielo y tierra;
ora el alto Sión más te deleite,
y el río Siloé, que cabe el santo
oráculo de Dios fluye en silencio;
baja á guiar mi peligroso canto,
que se levanta sobre el monte Aonio,
mientras, de ti ayudado, emprende cosas
hasta ahora en prosa ó rima no cantadas.

Y tú, divino Espirtu, á quien más place
 que los augustos templos la morada
 de un puro y recto corazón, instruye
 con ciencia divinal mi torpe lengua;
 tú, que desde el principio fuiste á todo
 presente, y cobijando el ancho abismo
 so tus inmensas alas, con activo
 prolífico calor le fecundaste,
 vén, y eleva mi voz, y lo que es débil
 en mí sostén, y limpia y ilumina
 lo inmundo y tenebroso, porque pueda
 subir de un vuelo al encumbrado asunto,
 justificar la eterna providencia
 de Dios, y abrir al hombre sus caminos.
 Pero primero di, pues nada esconden
 de tu vista los cielos ni las hondas
 cavernas del infierno; di, ¿qué causa
 indujo á nuestros padres, en tan llena
 bienandanza nacidos, á que, ingratos,
 á su Hacedor violasen el precepto,
 el único precepto que, al hacerlos
 dueños del paraíso, les pusiera?
 Á tal traición ¿quién los llevó engañados?
 El dragón infernal, cuya malicia,
 de negra envidia y de venganza armada,
 engañó á la gran madre de los hombres,
 poco después que fuera con sus haces
 de espíritus rebeldes despeñado
 de la región del cielo. Allí soberbio,
 en su fuerza fiado y sus parciales,
 sobre toda criatura alzarse quiso,
 y aun presumió que, opuesto, igualaría
 al Altísimo en gloria. Así, ambicioso,
 contra el reino de Dios y su alta silla
 enarboló el pendón, y tocó á guerra
 en los celestes campos; pero hallóse
 burlado en sus intentos; porque armado
 de santa ira el brazo omnipotente,
 le derrocó del alto firmamento,
 con horrisono estruendo y con rüina,

precipitado hasta el inmenso abismo,
 do el que insultó, atrevido, al Poderoso
 yace ahora en cadenas de diamante
 preso, y á eterno fuego condenado.

Nueve veces el tiempo que en el mundo
 mide la duración de noche y día
 corriera, y otro tanto, con sus rotos
 batallones, anduvo el fiero jefe
 en un lago de llamas revolcado;
 revolcado, vencido y destruído,
 aunque inmortal. Pero á mayor venganza
 le guardaba su suerte; porque agora
 de las pasadas dichas y el presente
 eterno mal le aflige la memoria.
 En derredor de sí los tristes ojos,
 do profunda ambición y caimiento
 con pertinaz orgullo y firme odio
 se notaban mezclados, vuelve, y presto
 con perspicacia angélica su suerte
 penetra de una vez; su triste, horrenda,
 desesperada suerte. Á todas partes
 ve un ancho calabozo y un inmenso
 horno, con negras llamas encendido,
 á cuya éscasa luz pudiera apenas
 descubrirse aquel reino pavoroso,
 región de horror y espanto, de visiones
 horribles habitada, donde nunca
 el reposo y la paz se han albergado,
 ni la dulce esperanza, cuyo influjo
 alcanza á todas partes, llegar pudo;
 mas, en vez de ella, afligen de continuo
 un tormento sin fin y un mar de fuego,
 de inextinguible azufre alimentado.
 Tal es la habitación y horrible cárcel
 por la eterna Justicia preparada
 á sus rebeldes ángeles, y en ella
 señaló su mansión, tres veces tanto
 como del alto polo el centro dista,
 separada de Dios y su alto trono.
 ¡ Ah, cuán desemejante de la clara

región de donde fueron despeñados!
 En diluvios de fuego tempestuoso
 sepultados, y en negros torbellinos,
 vió el dragón á los socios de su ruina,
 y junto revolcándose al que en brío
 casi y en impiedad le emparejaba;
 aquel que con el tiempo en Palestina
 se llamó Belcebub. Á él de esta arte
 habló el archi-enemigo (en el empíreo
 Satán después nombrado), con muy fieras
 expresiones rompiendo su silencio:
 «¿Eres tú aquel... Mas ¡ay, á cuál bajura
 caído! Ay, cuán mudado del que un día
 allá en los reinos de la luz brillaba
 con resplandor y gloria transparente
 entre todos los ángeles! ¿No eres
 el que en valor y heróicos pensamientos
 igual casi conmigo, en la gloriosa
 facción siguió arrogante mis banderas,
 compañero del riesgo y la esperanza?
 ¡Ay! ahora nos hizo la desdicha
 iguales en la ruina. ¡Á qué profunda
 sima, dende qué altura hemos caído!
 ¡Tanto pudo del Todopoderoso
 el trueno destructor!... Mas ¿quién probará
 la fuerza de sus armas hasta entonces?
 Empero ni sus armas, ni los males
 que el vencedor en su ira nos reserva,
 me harán arrepentir, ni de mi pecho,
 aunque de gloria y esplendor privado,
 borrar podrá jamás la cruel memoria
 de la pasada injuria, de la injuria
 hecha al mérito nuestro, que grabada
 en mi mente, me opuso al Rey eterno,
 conteniendo con él en la alta guerra
 y horrenda comoción que de su lado
 innumerables espíritus valientes
 atrajo á mi partido, y oponiendo
 nuestro unido poder al poder suyo,
 por los llanos del cielo, en lid dudosa,

hicieron vacilar su santo trono.
 Por fin, se perdió el campo; mas ¿qué importa?
 no se ha perdido todo. Inconquistable
 aún dura el albedrío, el odio eterno,
 el íntimo deseo de venganza,
 y el valor invencible á los reveses
 del caso ó de la fuerza. No; tal gloria,
 la ira del vencedor ni su soberbia
 jamás de mí obtendrán. Tampoco espere
 ver que, acatando su deidad, postrado
 y lleno de rubor, su gracia implore
 el mismo cuyo brazo hizo poco antes
 indecisa la suerte de su imperio;
 que abatimiento tal, aún más infame
 fuera y más vergonzoso que la afrenta
 de la pasada ruina. Y pues no pudo
 la celestial sustancia de los dioses
 perecer, ni su fuerza, y la experiencia
 nos ha hecho más cautos, declaremos,
 de más feliz suceso esperanzados,
 la guerra al gran contrario; eterna guerra,
 por fuerza ó por engaños continuada
 contra el duro opresor, que ahora triunfa
 contento, y sin rival reina orgulloso,
 solo, tirano del inmenso cielo.»
 Así el ángel infiel, mientras el despecho
 roía sus entrañas, se jactaba;
 y así su compañero le responde:
 «Oh príncipe, oh caudillo de las altas
 potestades del cielo, que guiando
 los bravos serafines á la guerra,
 en cerrada falange fuiste asombro
 con hechos memorables del Empíreo,
 susto del Rey eterno, y disputaste
 la excelsa primacía, que á él la fuerza,
 el hado ó la fortuna adjudicaron!
 Demasiado conozco y siento el triste
 caso de aquella rota ignominiosa
 que nos privó del cielo, derribando
 nuestro brillante ejército á este abismo,

do yace destruído, cuanto pueden ser las puras sustancias destruídas. Empero aún vive el ánimo invencible, y bien que oscurecida nuestra gloria y todas nuestras dichas, en este hondo piélago de miserias anegadas, el antiguo vigor renacer siento. Pero si el Vencedor omnipotente (que tal le creo, pues vencernos pudo) sólo nos ha dejado nuestras fuerzas y espíritu sin mengua, para hacernos sufrir y soportar los crueles males que su insaciable ira nos prepará; ó si, ya que el derecho de la guerra nos hace esclavos suyos, quiere solo que cual esclavos viles le sirvamos en este horrible infierno, ejecutores por la honda oscuridad de sus designios, ¿de qué nos servirá sentir sin mengua nuestra angélica fuerza, ó del sér nuestro la eterna duración, eterna solo para sufrir sin fin eternos males?» Á esto Satán así responde al punto: «Caído querubín, mostrar flaqueza en la prosperidad ó en la desgracia, cosa es por cierto infame. No presumas que podrá el bien de las acciones nuestras ser objeto jamás. El mal solamente lo puede ser; el mal, tan aborrido de la alta voluntad que repugnamos. Y pues de nuestro mal su providencia el bien sacar pretende, nuestro empeño sea que del bien mismo el mal resulte; y esta gloria, que, ó miente mi esperanza, ó será muy copiosa, nos consuele; la gloria de afligirle, de inquietarle, y trastornar sus últimos designios. Ya ves que el vencedor detuvo el brazo de los fieros ministros de sus iras, que airados nos cargaban, y á las puertas

los obligó á volver del alto cielo. Una lluvia de azufre tempestuosa, que arrojó tras nosotros, cerró el paso á esta honda cueva, en que de allá caímos. Ya ni la luz medrosa del relámpago deslumbra en el infierno, ni resuena por su hueca extensión del trueno horrendo el retumbante són. Acaso toda su furia ha consumido en la venganza. Mas, ora le debamos esta tregua á su dormida saña ó su desprecio, no la desperdiciemos. Mira á aquella parte un llano desierto y solitario, asiento del horror, do escasamente llega el medroso y pálido reflejo que estas lúgubres llamas de sí envían. Guiemos allá el paso, y retirados de este golfo encendido, allí busquemos, si le hay, algún reposo. Nuestra tropa dispersa reunamos, y arbitremos por qué medios de hoy más del enemigo turbaremos la gloria, ó la que tristes perdimos cobraremos, ó por cuáles nuestro destino suavizar se puede; qué alivio en fin nos muestra la esperanza, ó á qué extremo el despecho nos arroja.» Así Satán á Belcebú le habla, y mientras su semblante levantado sobre la onda, los ojos centellantes relucían, el resto de su cuerpo, monstruosamente grande, en el ardiente golfo tendido á una y otra parte, ocupaba, flotando, un trecho inmenso; tal cual las viejas fábulas nos pintan á los monstruosos hijos de la tierra, que hicieron guerra á Jove, Briareo, y el que su nombre al antro dió tifonio; ó como Leviatán, la más enorme criatura que habita el mar cerúleo; tal vez un navichuelo en noche oscura

perdido en las espumas de Noruega,
 le topa allí rendido á torpe sueño,
 y el piloto, creyéndole una isla
 (así los marinantes lo refieren),
 en su escamosa piel aferra el ancla,
 guareciendo tras él del viento insano.
 Tan grande el archidiablo y tan enorme
 parecía tendido sobre el golfo
 de fuego, y nunca de él salido hubiera,
 ni su altanera frente levantado,
 si el gran Rector del cielo, á cuyo arbitrio
 se regula el destino, á sus astucias
 no hubiese permitido un curso libre,
 para que mientras busca con delitos
 reiterados el mal de otras criaturas,
 labre su propia perdición, y vea
 que sus negros designios de la inmensa
 bondad de Dios sacar pudieron solo
 gracia y misericordia para el hombre,
 seducido por él; ira y venganza
 y eterna confusión para sí mismo.
 De repente levanta sobre el lago
 su gigante estatura. Á un lado y otro
 las llamas rechazadas, en undosos
 remolinos se cortan y retiran,
 y descubren en medio un ancho valle.
 Entonces él con extendidas alas
 emprende el alto vuelo sobre el aire,
 que extrañó el peso insólito pendiente,
 y travesando el gran vacío oscuro,
 posó en la seca tierra, si tal nombre
 cuadra á un suelo que abrasa de continuo
 con inflamado azufre y fuego sólido,
 como con llamas flúidas el lago.
 Pues tal en su color aparecía
 como cuando la fuerza soterraña
 del viento arranca un cerro del Peloro,
 ó de la airosa cumbre del tronante
 Etna, en cuyas entrañas, de inflamable
 materia henchidas, cuando prende el fuego

hierva con furia mineral, y rompe
 violento el aire libre, y chamuscando
 el suelo, de humo y de betún le cubre.
 Tal descanso como éste halló la planta
 del pié precito. En pos su compañero
 le sigue, y ambos, necios, presumían
 haber la estigia cárcel escalado
 por su antigua virtud, cual otros dioses,
 y sin que otro mayor lo consintiese.
 «¿Es aqueste el país, el suelo, el clima?
 dijo entonces el mal ángel; ¿es aquesta
 la región adó, echados del Empíreo,
 venimos á morar? ¿Á esta medrosa
 oscuridad, de l'alma luz del cielo?
 Serálo, pues le plugo así mandarlo
 al tirano que hoy triunfa; sea en buen hora.
 Cuanto más lejos de él, mejor estamos,
 ya que, á pesar de la razón, la fuerza
 le juzga superior á sus iguales.
 Adiós, dichosos campos, donde siempre
 moran el alma paz y la alegría.
 ¡Salve, horrible mansión! ¡Infierno, salve!
 ¡Y tú, profundo abismo, abre tu centro
 al nuevo habitador, cuyos designios
 jamás el tiempo mudarán ni el hado!
 Él vivirá en sí mismo, y en sí puede
 hacer cielo al infierno, infierno al cielo.
 Si es su sér uno siempre, nada importa
 que mude de lugar, pues será siempre
 sobre toda criatura, inferior solo
 á uno á quien el trueno hace más grande.
 En esta tierra al menos, que la envidia
 no excitará del Todopoderoso,
 habitaremos libres, sin el susto
 de ser más desterrados. Reinaremos
 seguros, y el reinar es, por mi voto,
 noble ambición, aun en el hondo abismo,
 y mejor suerte que la vergonzosa
 servidumbre del cielo. ¿Por qué causa
 dejamos pues que los amigos fieles,

de nuestro riesgo y ruina compañeros,
 yagan hundidos en el hondo lago,
 y del mortal asombro poseídos?
 Por qué no los llamamos á que gocen
 también su parte en este suelo infame,
 ó para que, de nuevo reunidas
 nuestras fuerzas, probemos si ser puede
 algo del cielo aun reconquistado,
 ó si algo más perdido en el infierno?»
 Esto dijo Satán, y tal respuesta
 le diera Belcebú: «Noble caudillo
 de aquel brillante ejército, que sólo
 vencer pudiera el brazo omnipotente,
 si ellos oyen tu voz, la más segura
 prenda de su esperanza en los peligros,
 tantas veces oída en tan extremos
 casos, y en el conflicto arduo y dudoso
 de la cruel batalla en los asaltos,
 y en todo trance su señal segura,
 tú los verás volver con nuevo aliento
 al antiguo vigor. Que no es extraño
 que, dende el alto cielo á este hondo abismo
 caídos, yagan ora cual nosotros
 poco há, de horror y asombro penetrados.»
 Apenas acabó, cuando á la orilla
 el fiero capitán se fué acercando.
 De temple celestial, ancho y macizo,
 era el redondo escudo que pendía
 de sus robustos hombros, semejante
 en su circunferencia al orbe lleno
 de la luna, mirado por la tarde,
 á través de algún óptico instrumento.
 Tal cual con firme vista, desde lo alto
 de Fesol, ó en Valdarno, le observaba
 el inventor etrusco, y descubriría
 tierras, ríos y montes en su globo.
 El más gigante pino de Noruega,
 en los montes cortado para mástil
 de una grande almiranta, un junco leve
 sería, comparado con la lanza

en que apoyaba sus molestos pasos,
 no cuales algún día dió en el cielo,
 por la flamante arena, mientras el igneo
 muro y la ardiente bóveda le herían
 con fuego abrasador por todas partes.
 Empero él lo sufría, y procediendo
 hasta el vecino golfo, allí parado,
 llamó á sus tercios de ángeles, que yacen
 rendidos al terror, y agonizantes
 sobre la hirviente onda; tan espesos
 como las secas hojas que en otoño
 cubren de Valumbrosa las corrientes,
 de los frondosos árboles caídas;
 ó como cuando Orión con turbulento
 soplo azota las playas eritreas,
 nadán sobre las ondas las livianas
 algas, sobre las ondas que sorbieron
 un día á Faraón con su robusta
 caballería en Menfis, cuando airados
 las rescatadas tribus perseguían,
 mientras seguras, de la opuesta orilla,
 vieron ellas hundirse sus jinetes,
 yelmos, banderas, carros y caballos;
 tan espesos cubrían los rebeldes
 espíritus el lago, al fiero asombro
 de la mudanza súbita rendidos.
 Llamólos pues, y á la gran voz, los huecos
 senos del hondo infierno resonaron.
 «Príncipes, potentados y guerreros,
 flor del cielo, antes nuestro y ya perdido;
 pues qué, ¿pudo infundirse en inmortales
 espíritus tal pasmo? Por ventura,
 después del duro afán de la batalla,
 pensáis hallar aquí sueño y reposo
 cual si estuviérais en el blando cielo?
 ¿Ó es que así prosternados heis jurado
 dar culto al vencedor, que ora se goza
 de ver desde su trono á tantos fuertes
 querubines y excelsos serafines
 en este golfo hundidos con sus rotas

armas y sus banderas revolcadas,
 mientras que de las puertas eternas
 caen sobre vosotros sus ministros
 prontísimos, del fuerte rayo armados
 y el aterrante trueno, y os traspasan
 con más crueles heridas, y al más hondo
 fondón de aquesta cueva os precipitan?
 Sús, despertá, ó quedá por siempre hundidos.»
 Oyéronle; y al punto avergonzados,
 volaron hacia arriba; y como suele
 una guardia tal vez en torpe sueño,
 por su mayor tomada, á la tremenda
 voz al arma correr, y darse priesa
 no bien despierta aún, así los diablos;
 que ni el horrendo pozo en que cayeron,
 ni los fieros tormentos, ocupados
 del terror, percibieron. Mas con todo,
 la voz del general obedecieron
 innumerables. Tal, en el mal día
 de Egipto, apenas hubo al alto cielo
 tendido la su vara portentosa
 Moisés, cuando hé aquí que dende oriente
 una muy densa nube de langostas
 viene, cubriendo el aire, y sobre el reino
 del duro Faraón se extiende negra,
 como la noche, del fecundo Nilo
 las dilatadas playas asombrando.
 Tan sin número entonces parecían
 los ángeles precitos, so la ardiente
 copa revolteando del infierno,
 de tres voraces fuegos, alto y bajo
 y lateral, en torno acometidos;
 hasta que su lanzón Satán moviendo,
 señaló el sitio do posar debían;
 y ellos en ala igual bajaron prontos
 al sulfúreo terreno, hinchiendo el llano.
 Jamás tal muchedumbre el populoso
 norte arrojó de su escarchado seno,
 cuando sus hijos bárbaros, pasando
 el Danubio ó el Rhin, como un diluvio

inundaron el sur, y hasta las playas
 de la arenosa Libia se extendieron.
 Desde cada escuadrón y tercio al punto
 los jefes destacados vienen prontos
 de su gran comandante á la presencia,
 semidioses en aire y estatura,
 de formas sobrehumanas; personajes
 de real dignidad, que allá en el cielo
 antes en altos tronos se asentaron,
 bien que hoy en los registros eternos
 no se halla ya memoria de sus nombres,
 para siempre borrados y raídos,
 por su traición, del libro de la vida.
 Ni entre los hijos de Eva otros tuvieron
 hasta mucho después que sobre el mundo
 por alta permisión de Dios vengado,
 para probar al hombre, corrompieron
 con fraudes y mentiras muy gran parte
 de la raza mortal. Los desviaron
 del Dios que los criara, hasta que torpe-
 mente, trocando su invisible gloria
 en la imagen de un bruto, muchas veces
 erigieron en dioses los demonios,
 y entre oro y pompa y ceremonias vanas,
 le dieron torpe culto. Varios nombres,
 después ídolos varios, los hicieron
 en el mundo gentil más conocidos.
 Nómbralos, musa, tú; dí, quién primero,
 y quién al fin, el sueño sacudido,
 subió del negro lago á la llamada
 del gran Emperador. ¿Cuáles más dignos
 se hallaron, dí, de estar cabe él situados
 en la desierta playa, mientras queda
 lejos, en pos, la turba indistinguida?
 Salieron ante todos desde el hondo
 abismo al ancho mundo, los que, hambrientos
 de estragos y miserias, luégo osaron
 sus asientos fijar cabe el asiento
 del Señor, levantando sus altares
 á par del altar suyo; y adorados,

en derredor de las naciones necias,
 cual dioses, insultaron atrevidos
 al santo Jehová, que reciamente
 tronaba allá en Sión, su faz velada,
 entre los querubines. ¡Cuántas veces
 fué la abominación tan consumada,
 que en el santuario mismo colocaron
 sus armas, y oponiendo sus tinieblas
 al resplandor y gloria inmarcesibles,
 con torpes ceremonias las solemnes
 fiestas y el santo rito profanaron!
 Fué el primero Moloc, monarca horrendo,
 en la sangre de víctimas humanas
 y en paternas lágrimas bañado,
 por más que de atambores y timbales
 el rumor estruendoso confundiese
 el nunca oído grito de los tiernos
 hijuelos, por el fuego devorante
 á su horroroso ídolo arrastrados.
 Allá en Rabb y sus llanos aguanosos
 le adoró el Ammonita, hasta do corren
 por Argob y Basán de Arnón las aguas.
 Ni se hartó su altivez con esta gloria,
 antes del más sapiente de los hombres
 corrompió el corazón, y con engaños
 hizo que el viejo Salomón le alzara
 sobre el monte de opróbio un alto templo,
 frente al templo de Dios, y que por bosque
 le consagrara el antes deleitoso
 valle de Hennon, Tofet después llamado,
 y negro Gehenna, imagen del infierno.
 Chamos viene tras él, terror inmundado
 del Mohabita, de Aroer á Nebo,
 y hasta al austral desierto de Abarimo,
 por Hesebón y Horonaim, dominios
 del rey Seón, y aun más allá de Sibma,
 de sus viñedos y floridos valles,
 desde Eleale al lago de Asphaltite,
 so el nombre de Fegor también sedujo
 á Israel en Sitim, á su partida

del Nilo, y logró dél obscenos ritos,
 después con duros males castigados.
 Mas todavía sus orgías torpes
 extendió al monte infame, cabe el bosque
 de Hemión, juntando el odio á la lujuria,
 hasta que el buen Josías, con ardiente
 celo, los arrojó de allí al infierno.
 Tras estos parecieron los que dende
 las confinantes ondas del Eufrates
 hasta el arroyo que divide á Siria
 de la egipciana tierra, so los hombres
 de Baalim y Astarot, aqieste de hembra
 y el otro de varón fueron servidos;
 que es dado á los espirtus cualquier sexo
 tomar que les agrade, ó los dos juntos;
 tan simple y desleída es su natura,
 no trabada con nervios, ni en el frágil
 apoyo de los huesos sustentada,
 cual nuestro deleznable y torpe cuerpo;
 sino en cualquiera forma que les place,
 grave, sutil, oscura ó transparente,
 prosiguen sus designios, y sus obras,
 ora de amor ó enemistad, completan.
 Muchas veces por estos se olvidara
 Israel de su Dios, y abandonando,
 infiel, su altar, hincara la rodilla
 á otros brutales é impotentes dioses;
 por eso fué humillado en las batallas,
 y del Señor dejado á que cayese
 despojo vil del enemigo alfanje.
 También vino Astarot en esta tropa,
 á quien llaman Astarte los fenicios,
 reina del cielo, de crecientes cuernos,
 á cuya clara imagen en las noches
 de luna sus canciones y plegarias
 las sidonias doncellas dirigían;
 y hasta en Sión sus himnos resonaron
 sobre el monte de escándalo, en el templo
 que aquel rey muliebrioso le ensalzara,
 y cuyo corazón al culto inmundado